

Una semana atrás desarrollé la tesis de que la falta de transpa-

Fuerzas anti-inversión

Director Responsable:

Ramón Díaz

Editor:

Daniilo Arbilla

Directorio:

Ramón Díaz, Manfredo Cikato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Villamil y Daniilo Arbilla.

Columnistas: Daniel Gianelli (política) y Jorge Caumont (economía).

Secretario de Redacción:

Miguel Arragui.

Información política:

Gerardo Maronna, Claudio Paolillo, Alejandro Nogueira, Alfonso Lessa y Luis Casal Beck.

Información económica:

Efraín Mannise. **Indicadores económicos:** Javier de Hae-

do (coordinador), Alejandro Echegorry, Roberto Paullier, Carlos Mermot y Carlos Rey.

Información nacional:

Alvaro Güz, Alvaro Amoretti y Gabriel Rocarte.

Información internacional:

Yanina Olivera, Servicios especiales de "The Washington Post", "Los Angeles Times", "The Guardian".

DPA y ANSA. Cultura y espectáculo:

Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattoruso y Barrel Puig (columnistas), Jorge Castro

Vega (teatro), Alvaro Sanjurjo Tou-

con (cine) y Enrique Hetzel (jazz).

Medicina:

Jean Richerd.

Deportes:

Mauricio Fernández Reyes.

Columnistas:

Juan Carlos Paullier (fútbol) y Arsenio Motolko (tenis).

Humor:

Kid Graeca, Aldo Cammarota y Leslie.

Archivo:

Florencia Herrera.

Fotografía:

Milton Cea.

Diagramación:

Nelson García Serra.

Corresponsales:

Félix Carreras (Argentina), y José Pedro Ortiz (columnista).

Administración:

Alfredo Bianchi Varela.

Búsqueda:

es una revista semanal

miembro de la Sociedad Inter-

americana de Prensa. Está inscri-

ta en la Dirección de Industrias

con la matrícula N° 2079. Con

domicilio en Av. Uruguay 1023,

tel. 906435, 906376, 906337 y

905664. Montevideo, Uruguay.

Las opiniones vertidas en los

artículos son de exclusiva res-

ponsabilidad de los autores. Precio

de venta: \$200. Impreso en Ta-

lleres Gráficos de IMPRESORA

POLO LTDA. Paysandú 1179. Tel:

90.80.17 - D.L. N° 40.172. Dis-

tribución: Papacito.

rencia que aqueja al horizonte económico del Uruguay, y pone sus posibilidades de crecimiento entre signos de interrogación, es de índole política. Esencialmente, propuse, aquella debilidad se deriva del fuerte énfasis distributivista que caracteriza prácticamente a todas las fuerzas políticas del país, de un extremo a otro de su más bien restringido espectro. La influencia de tal configuración ideológica sobre la economía, sugiere por fin, opera depi- niendo la inversión, muy particularmente el gasto en inmobilizaciones de larga duración. Hoy debo empezar a referirme a las tendencias concretamente perceptibles dentro de la órbita económica a las que atribuyo tal virtualidad depresiva de la inversión.

Nuevos brotes de inflación y nuevas crisis cambiarias

La historia económica del Uruguay está puntuada por empujes inflacionarios y crisis de pagos externos. A fines de la década de los '50 una semejante pareja de desequilibrios sacudió al país y cortó la cuasi centenaria racha del Partido Colorado. Los blancos estabilizaron bien primero y desestabilizaron mejor en el '62. Al cabo de seis años de terror, el señor Pacheco, apenas fortuitamente propulsado al sillón presidencial estabilizó bien, pero la semilla de desestabilización que plantó en 1971 batió todos los récords. Hasta que los militares establecieron una nueva marca en 1982, luego de haber estabilizado brillantemente en 1974-78. Con esas turbulencias el viaje que proponemos a los inversores no es atractivo. ¿Cómo tenderá a ser el futuro? ¿Tendremos que seguir todos cor-

los cinturones ajustados para evitar darnos la cabeza contra el techo en cualquier instante, y de paso perder la billetera? En ese caso más vale no invertir, a no ser en proyectos con períodos de repago ultra breves, y enviar nuestro dinero a zonas de clima menos borrascoso. Pienso que por ahí anda lo que los inversores piensan y se preguntan. Y creo que el momento de la distensión, cuando los proyectos a mayor plazo comiencen a contemplarse, no ha llegado aún.

La presente Administración merece excelente nota por la manera en que ha salvado el trance de la transición, que tan a mal traer tiene aún a nuestros dos grandes vecinos, pero nadie puede afirmar que ajustó el desequilibrio que nos aquejaba a la fecha de su advenimiento. La borrasca precedente había hecho estragos con la loza, y ahora el piso luce limpio, pero sólo porque se han barrido los platos rotos debajo de la alfombra.

La cuestión se refiere centralmente al déficit fiscal. Antes había un déficit fiscal, grande o chico. Ahora hay dos, el fiscal y el parafiscal, mucho mayor éste que aquél. El no haber unificado ambos, llevando el parafiscal donde corresponde que esté, dentro del control presupuestal, y sujeto a los requisitos de publicidad que el parafiscal abiertamente elude, es ya una grave responsabilidad de este gobierno. Además el déficit parafiscal tiende a extenderse y reproducirse. El BCU parece haberse contagiado el mal al BHU, y quién sabe —Batlle me perdona el mal pensamiento— si el BROU no se habrá transformado en un portador por ahora aparentemente sano del virus, después de sus orgías de compras de bancos.

La conexión de esta epidemia

con el distributivismo es a través de todas las operaciones destinadas a intentar evitar que nadie perdiera con la tremenda crisis que se desató en 1982. Aquel aciago acontecimiento representó una auténtica destrucción de riqueza, de modo que alguien tiene que soportar las consecuencias. En la medida en que no lo sean quienes tienen ostensiblemente las cuentas pendientes, tendrán que serlo los contribuyentes de tributos explícitos, si no del impuesto inflacionario. Una forma de describir esta extraña e insatisfactoria situación podría ser afirmando que, así como hay dos déficit, uno más y otro menos conocido, hay también dos deudas públicas, una conocida y superficial y otra subacuática, que crece en las profundidades para emerger un día terroríficamente, cual el monstruo de Loch Ness.

Una estructura industrial esclerosada

Un país con un mercado de 50 millones de habitantes no puede aspirar sensatamente a la autarquía. Este es el pensamiento que condujo a Gran Bretaña a abandonar su tradicional insularidad y tender un puente económico hacia la CEE. Del Uruguay, con 3 millones de habitantes, ¿qué se podría decir? Que en su caso el sueño de autarquía es crasa paranoia. Así como el primer punto nos llevaba al ala de infecto-contagiosos, henos aquí en el sector siquiátrico de máxima peligrosidad. El país que se lanzó al autoabastecimiento azucarero y al armado de automotores nunca ha tenido verdadero contacto con la realidad. Ha llegado el momento de declararlo incapaz y recluirlo, esto es indudable. ¿Pero quién ha hecho algo para preparar al sustituto?

Presuntamente, la respuesta de la presente Administración a este desafío consiste en el proyecto de zonas francas. A mi modo de ver es, en líneas generales, en sí mismo, un buen proyecto; pero si aquella fuera su verdadera finalidad, es preciso apresurarse a consignar que le queda grande. Intuitivamente, la idea de asignar los recursos nacionales para el gran desarrollo en rincones marginales, allende las alambradas aduaneras, resulta sospechosa. Técnicamente, el defecto fundamental radica en que la protección seguiría deprimiendo las posibilidades exportadoras del país, no ya a través de los insumos, que podrían adquirirse en condiciones de libre mercado, los domésticamente suministrados por los monopolios estatales inclusive, pero sí a través de la mano de obra. El efecto sobre el precio de ésta que ejerce el arancel consiste en volverla mucho más cara, dado el nivel de vida. La solución eficaz tendría que ser el de zonas francas donde los trabajadores pudieran residir, aposentarse con sus familias, consumir. Pero esto, que por supuesto es ya el libre cambio, por más que acotado entre barreras, y que no tardaría en abarcar todo el país, se nos dice de entrada que no es políticamente viable.

Pero, ¿qué es políticamente viable en el Uruguay? Tampoco la modesta ley de zonas francas parece serio. Tampoco la modestísima apertura del capital de PLUNA a la inversión privada resultó serio. La privatización de la pesquería estatal no lleva mejores miras de éxito, así que, si ni siquiera eso marcha, reconozcamos que no marcha ni marchará nada. ¡Nada! El Uruguay es el país que prefirió un agujero nauseabundo a una gran torre, un potrero para las ratas en lugar de un hotel de 5 estrellas porque

—no se sabe si lo uno o lo otro— desaprobaban la altura del edificio o la personalidad del inversor. No pasa nada. Nadie tiene influencia bastante para hacer aprobar algo, pero la influencia para evitar que algo se apruebe está notablemente difundida. Hay una estructura. Linda o fea, buena o mala, eficaz o ineficaz, es como es, y nada hay más vano que tratar de cambiarla. ¿Le gusta a usted? Entonces invierta. Pero si no le gusta, váyase. Porque esa estructura es permanente, con vocación de eternidad.

La relación de esta esclerosis con el distributivismo es transparente. Si se trata de ILPE o de las zonas francas usted oír hablar con frecuencia de soberanía, pero por supuesto, eso es de la soberanía está en juego en tales trances, no se lo tragan ni los codornices. Se trata de que con el cambio siempre algunos pierden, y otros ganan. Y se trata de evitar lo uno y lo otro. Sobre todo lo otro. Todo proyecto que pueda significar que ciertas personas ganen dinero, debe ser detenido a toda costa. Y lo es. En ese sentido el Sr. Maginot no tendría nada que enseñarnos.

Las utilidades, los beneficios, las ganancias, como quiera que se los llame, esos son los verdaderos enemigos, a detener cuyo avance nos hemos juramentado todos los uruguayos. ¡No pasará! Nada cambiará. Quizá, todo lo más, se desarrolle un partido ecologista, que nos convenza que con la estructura actual preservamos el medio ambiente. Un partido que capte nuestra imaginación nacional con la idea del disfrute de las florecillas y las mariposas, y que proponga la cooperativización de toda la industria. Pensar en mayores transformaciones sería ilusorio. Como pensar en más inversión.

En el próximo artículo proseguiré por este túnel, cada vez más lóbrego, y terminaré inquiriendo si hay esperanza de columbrar una luzcita en el extremo.